

Rei Berroa*

EUFEMÍSTICA PARA VIVIR TRANQUILOS

Tampoco hoy vamos a hablar de lo divino.

Pondremos a un lado las ideas que molesten,
nos fijaremos con cuidado en lo que vive,
veremos si hay algo que cambiar en lo que hacemos
(está claro que el mundo no lo hicimos
y, por tanto, no somos responsables
de lo que en Gaza hoy acontece
o junto al Tigris o el Eufrates).

Luego pasaremos a hablar de Empédocles.
Unas cuantas reflexiones de Epicuro
ocuparán el resto de la clase.

Al final contaremos hasta doce,
y apostaremos unos cuantos hilos
de sangre taína o africana.

Y Dios dirá, que nunca dice nada.

* Poeta, crítico cultural y profesor nacido en Gurabo. En 2011, recibió el Premio Internacional Trieste Poesía por el conjunto de su obra poética y en 2012, el Premio Mihai Eminescu de Rumanía. Correo electrónico: reiberroa@yahoo.es.

Gramma, XXVI, 54 (2015), pp. 209-210.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

EL JUICIO DE SÓCRATES PASADO POR LA TELE

Hacía muchos años que llevábamos incrustadas sus preguntas bajo las costillas.
Medio muerto traíamos el sueño de justicia, cuando en mitad de la pantalla
apareció el viejo Sócrates ya cicutado su silencio y su verdad a solas
después de explicar en silogismos convincentes que jamás
había pronunciado algunos de los juicios que el joven
Aristocles (Cabezotas o Platón, eran sus motes)
había escrito en sus memorias, publicadas
día a día, en diversas páginas de la guía
de la tele que todos leían y miraban
en una gran pantalla tipo plasma
puesta en el ágora de Atenas
por los que odiaban
la mayéutica.

Fue así como
llegamos a saber,
sin casi darnos cuenta,
que el loco a quien todos
envidiábamos, pues podía decir
lo que quisiera sin haber jamás escrito
nada y no tener, por tanto, nadie pruebas
contundentes que pudieran llevarlo al tribunal,
tenía leales seguidores en todas las escuelas del Estado,
menos en su casa, donde Jantipa lo había puesto en su lugar
más de una vez, pues no quería higienizar los fondillos de sus hijos
sin preguntarles si era posible conocer la virtud sin antes practicarla. Dicen
que también ella testificó contra el marido porque éste ya no le servía para nada.